

EL MES DE LAS FLORES

Para los habitantes del hemisferio norte de la tierra, que es el que ha llevado la primacía de la civilización, fue siempre el quinto mes uno de los más hermosos y risueños del año. Entre los romanos tenía el nombre de *Maius*, como quien dice mayor, pues estaba dedicado a los mayores y quizá también a la diosa *Maia*, estrella de la constelación de las Pléyades. Entre los griegos era el mes de *Θαργηλιών*, *targeliōn*, derivado de *Θαργήλιος*, nombre de Apolo, considerado como el dios de la poesía y de la música, de quien se decía que habitaba el monte Parnaso en compañía de las musas, y se le representaba con una lira en la mano, o bien en un carro tirado por cuatro caballos. En el cómputo de los hebreos correspondía, parte al mes de *Siv*, parte al mes de *Siván*, de los cuales el primero significaba el *esplendente y florido*, y el segundo el *mes de alegría*. Y, andando los siglos, cuando los hombres de la revolución francesa quisieron innovar el calendario, no pudiendo modificar la ordenación del Creador, adoptaron en su nomenclatura las cuatro estaciones y al segundo mes de primavera, que es el de mayo, le dieron el nombre de *floreal*. En efecto, aunque astronómicamente la estación de primavera comienza el 21 de marzo, la naturaleza en las zonas septentrionales no despliega todas sus galas sino en el decurso del mes de mayo.

No sin razón la piedad cristiana ha consagrado este hermoso mes a la Serenísima Señora del cielo y la tierra, por cuyo intermedio se dignó el Hacedor Supremo restituir el universo a su prístina alteza y hermosura, perdida por la culpa de nuestros primeros padres.

Tratemos de penetrar un poco en el plan de la creación, siguiendo los pasos de algunos católicos ingenios.

El hombre, las criaturas, el universo, fueron instituidos para la gloria de su Autor y en ello estriba su decoro y bienandanza. Si de este fin se separan, no sólo irrogan injuria al Sér Supremo, sino que también deslustra su propio sér. Crio Dios en el principio la materia caótica; aquella nebulosa, encendida por el soplo divino, fue dotada de inefable eficacia y enriquecida de leyes con qué salir de tinieblas y vestirse de claridad, llenando de júbilo a los seres angélicos que acababan de ser creados. Subió de punto aquel resplendor, templóse la fragua y, al amor de su lumbre, forjóse el reino mineral, que, con ser el menos perfecto, es el de los metales y las piedras preciosas; redondeóse nuestro globo, la atmósfera érale manto y las aguas lecho, mas no descansó. Entra luégo la vida en el mundo, la más tosca primero, representada en el reino vegetal con el verdor de sus frondas, la belleza de sus flores y el suave aliento de sus fragancias. El sol irradiaba en los espacios, la luna y las estrellas ceñían las sienas de la noche, en tanto que en el seno fecundo de los mares hacía su aparición la vida sensitiva, figurada en los primeros ejemplares del reino animal, el cual en breve había de invadir con bandadas de aves el aire, y con tropas de reptiles y corpulentos mamíferos la superficie terrestre.

Dispuestos los elementos, viene la criatura privilegiada a presidir la naturaleza con sus tres reinos, a glorificar con su vida racional al Supremo Hacedor, y a fundar bajo la tutela de la divina providencia un nuevo reino, el reino humano. El nuevo sér, imagen y semejanza de Dios, es al punto elevado de su simple condición natural a una muy superior y, cubierto con el manto real de la gracia, es saludado rey de la creación por el festivo trinar de los pájaros, por el solemne rugir de los leones, por el blando susurro de la brisa,

por el estruendo de las cascadas, por la sublime armonía de las esferas, en medio del concierto universal.

Empero, el hombre juntamente con tantas regalías recibió entero el dón de la libertad, y ¡desventurado de sí! esa vida sobrenatural que tan graciosamente se le otorgara, por sus manos a sí mismo se la quitó y, perdida la semejanza de Dios, no le quedó sino la imagen y eso feamente desfigurada. Ausente del alma de Adán la gracia santificante, el hombre, que antes tenía en su mano la rienda de pasiones y sentidos y bajo su imperio el instinto de los animales, derribado ahora del trono y vulnerada su razón, su ciencia, su paz, su inmortalidad, quedó tendido en la vía, medio muerto e inhábil para caminar al fin sobrenatural.

Y no fue esto sólo: en el mundo corpóreo resonó el golpe de la gran caída. El hombre culpable turbó la armonía que enlazaba con él a los seres inferiores y, en cierto modo, la sujeción que éstos debían al común Señor. Las cosas materiales quedaron contaminadas por la malicia del hombre: montes y ríos, bosques y mares, fuentes y llanuras viéronse cómplices de su impiedad. ¿Qué más? El sol, la luna, los astros, primores del divino poder, fueron con mengua de su esplendor, trocados en ídolos por corazones degradados: el sol era Apolo; la luna, Diana; el mar, Anfitrite; los ríos, Náyades; Driadas los bosques... todo era Dios a excepción del solo Dios. La creación, cuan grande es, vio mancillada su hermosura y puesto su lustre y perfección al servicio de la vanidad y malicia; gemía el universo bajo la injuria a que se veía sometido.

Mas, llegada la plenitud de los tiempos, sonó la hora de la restauración. Y Dios, para esta grandiosa empresa, se dignó solicitar la libre cooperación de una de sus criaturas. Allá en una humilde ciudad de Palestina se recataba, cual purísima violeta, una doncella,

el más bello renuevo que diera de sí el rugoso tronco de Adán. Ignorada como esos azules lagos que se esconden en las montañas, reflejaba en silencio como ellos todas las magnificencias del cielo. Y Dios aguarda una palabra de sus labios para restituir el hombre y el mundo a su dignidad primera, y esa palabra es pronunciada y al punto el Verbo Eterno se hace hombre en el seno virginal de esa benditísima criatura, juntando en unidad de su Persona Divina la humana naturaleza, para restaurarle todo: ángeles, hombres, universo mundo. El hombre, lisiado en alma y cuerpo, en alma y cuerpo fue consagrado templo vivo del Altísimo por la sangre del Redentor. La naturaleza material fue renovada y purificada por la presencia de la Divinidad; aire, fuego, aguas, cumbres, astros, recobraron el honor de pregonar la grandeza de su Autor y de dar de ella testimonio al entendimiento sincero que los interroga.

Las cosas, que en el principio fueron hechas por el Verbo, fueron en el tiempo por el Verbo restauradas, pero ¿cuán deudoras no son de esta restauración a la augusta Madre del Verbo? «Puede decirse, afirma San Anselmo, que así como Dios, produciendo todas las cosas por su poder, es su Padre y su Dios, María, reparándolas por sus méritos, es su Madre y su Señora.»

¡Cuán justo es, pues, que el hombre y la naturaleza entera rindan el más espléndido homenaje a una tal Señora cuya excelsitud sobrepuja en dones y gracias a todas las criaturas juntas, por ser su dignidad la más alta que a pura criatura puede haber y Dios otorgar! Y si la Eternal Sabiduría que de ella nació fue figurada por los más bellos símbolos de la naturaleza, compete también a la Madre un eminente derecho de honor y de poético simbolismo de parte de toda la creación. Así, está bien que se la apellee *Estrella de la mañana* mensajera del día, *Aurora* que anuncia la

salida del sol, casta *Luna* que refleja su lumbre, *Raíz de Jesé* de donde brota la flor sapiencial, *blanco Vellón* sobre el que cae el purísimo rocío de los cielos, tierra y *campo de candeal*, *celeste Jardín*, y, por excelencia, *Flor* cuya gracia es justo que vengan a festejar en cada primavera todas las flores de mayo!

F. M. RENGIFO

EL CIELO

CUARTA CONFERENCIA

DE MONSEÑOR RAFAEL MARIA CARRASQUILLA
EN LA CATEDRAL DE BOGOTA

Terminé la plática pasada consolándoos, según la doctrina del Apóstol, de las miserias de la vida presente con la esperanza de la eternidad bienaventurada. Quiero insistir sobre este asunto en esta dominica, en que la Iglesia mitiga el rigor de la penitencia y el duelo, permite adornar de flores el altar y que resuenen las bóvedas del templo con los sagrados acordes del órgano.

Hablemos del cielo, que es la morada de Dios, porque aunque El está presente en todas partes, allí se deja contemplar claramente de sus elegidos; que es lugar donde Cristo Dios y Hombre reina sentado a la diestra de su Padre y de donde baja todos los días a las manos de sus sacerdotes y a los corazones de sus hijos; la sede en que impera María, Virgen y Madre de misericordia, en cuerpo y alma, sobre todo el universo creado; el sitio donde nos aguardan con los brazos abiertos, tantos seres queridos a quienes nunca volvemos a encontrar en este mundo. Hablemos del cielo, porque son tan suaves al ausente las memorias embalsamadas de